

ser hija del Señor ; se declaró indigna hasta de postrarse á los piés de Jesucristo, y fué invitada á sentarse á su mesa ; no pidió más que las migajas que se arrojan á los perros, y mereció el alimento reservado á los elegidos.

Luego si siempre y por todas partes debemos humillarnos, ¿cuánto más deberémos hacerlo en la oracion?..... Entónces es cuando debemos confundirnos en presencia de la majestad de un Dios, confundirnos á la vista de los pecados con los cuales le hemos ofendido, y de los castigos que hemos merecido de su parte. Sí, confundámonos ; y que la actitud humilde y modesta de nuestro cuerpo sea un indicio sincero de la humildad de nuestro espíritu ; entónces, escuchados y perdonados por Dios, su mano misericordiosa irá á buscarnos al abismo de nuestra miseria y de nuestro pecado. Ella nos elevará hasta la posesion de la gracia, hasta el rango de amigos y de hijos de Dios. Entónces se cumplirá sobre nosotros y en nosotros el oráculo divino : « El que se eleva será abatido, y el que se abate será elevado : *Et omnis qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur.* » Así sea.

OCTAVA HOMILÍA.

LAS DIEZ VIRGENES,

Ó LAS DIFICULTADES DE LA CONVERSION EN LA HORA DE LA MUERTE.

Queretis me et non invenietis; et in peccato vestro moriemini. (SAN JUAN VIII.)

Me buscaréis y no me encontraréis ; y moriréis en vuestro pecado.

La muerte funesta de Antíoco, tal como se halla minuciosamente descrita en la Sagrada Escritura, nos revela una verdad muy triste, y puede llegar á ser un medio saludable para disipar la ilusion.

La muerte no vino á arrebatarse de improviso á aquel infame perseguidor del pueblo de Dios : una larga enfermedad debia prepararle lentamente para descender á la tumba : « Cayó enfermo y permaneció en el lecho por espacio de muchos dias » (1). Ni el apego á la vida, ni lo fuerte de su constitucion, ni el vigor de la edad, ni las adulaciones de los cortesanos, pudieron ilusionarle hasta el punto de desconocer el grave peligro en que se encontraba, y de comprender que moriria de aquella enfermedad (2). Volvió, pues, sériamente su atencion á sí mismo; trajo á su memoria todos los escándalos que habia dado á sus súbditos, los condenó en presencia de toda su córte, y se declaró profundamente afligido y arrepentido de ellos (3). Recordó las iniquidades come-

(1) Decidit in lectum et erat ibi multos dies. (*Macch.*, VI.)

(2) Et arbitratus est se mori. (*Ibid.*)

(3) Vocabit omnes amicos et dixit : In quos fluctus tristitiæ deveni, qui jucundus eram in potestate mea. (*Ibid.*)

tidas particularmente en Jerusalem y las detestó (1). Se acordó de la injusta cautividad que habia hecho sufrir á los habitantes de Judea (2). Vió en la enfermedad que le atormentaba la mano vengadora de Dios que castiga, é inclinándose hácia aquella mano. «Por eso, dijo, estos males han caido sobre mí» (3). Sin embargo, con toda aquella serenidad de espíritu, con toda aquella abundancia de luces, con toda aquella rectitud de ideas, de juicio y de sentimientos, ya más que medio convertido, Antíoco no se convirtió; y con todas aquellas demostraciones de penitencia, Antíoco murió impenitente y desesperado.

¿Y cómo eso? ¿Es posible que el pecador se arrepienta y no se convierta? ¿Que pida perdon á Dios y no le obtenga? ¿No sabemos cómo puede suceder eso! Sabemos, sin embargo, y tenemos por cierto, que así sucede realmente con la mayor parte de los pecadores en la hora de la muerte. Y, en efecto, Jesucristo nos ha revelado claramente en el Evangelio de este día, que llega un tiempo en que el pecador busca á Dios y no le encuentra, en que quiere hacer penitencia y muere en el pecado: «Me buscaréis y no me encontraréis, y moriréis en vuestro pecado.» ¡Verdad tan importante como terrible! Por razon de su importancia, el Señor quiso hacérnosla comprender mejor en la parábola de las diez vírgenes, que me propongo explicaros este día. Meditarémos, pues, esta verdad, tal como nos ha sido presentada en la parábola, para que nos determinemos sin dilacion á buscar al Señor durante la vida, y para que podamos evitar la desgracia de ver cumplirse en nosotros la terrible amenaza: «Me buscaréis sin encontrarme, y moriréis en vuestro pecado.»

PRIMER PUNTO. Para comprender bien esta parábola, es preciso saber que en Palestina habia una costumbre que, segun relacion de los misioneros, todavía se conserva, que en la noche en que el esposo debia sacar de la casa de los padres á su desposada y conducirla á la suya para la celebracion de las nupcias, diez vírgenes les salian á recibir con lámparas encendidas.

Haciendo justamente alusion á esa costumbre, el Señor ha dicho: «El reino de los cielos es semejante á diez vírgenes, que

(1) Nunc reminiscor malorum quæ feci. (*Macch.*, vi.)

(2) Misi auferre habitantes Juda, sine causa. (*Ibid.*)

(3) Propterea invenerunt me mala ista. (*Ibid.*)

tomando cada una su lámpara fueron á recibir al esposo» (1). Cinco de ellas eran necias é indolentes y las otras cinco sábias y prudentes: así fué que las primeras, al tomar sus lámparas, no cuidaron de proveerse del aceite necesario; pero las segundas, al contrario, llevaron consigo, además de sus lámparas, unas pequeñas vasijas con el aceite necesario para mantener encendidas las lámparas (2).

Pues bien, ese reino de Dios compuesto de diez vírgenes, es segun San Gregorio, la Iglesia en camino, la Iglesia todavía militante sobre la tierra (3), porque en esa Iglesia militante se encuentran reunidos y mezclados los pecadores y los justos, los réprobos y los elegidos; y hé ahí por qué se dice en la parábola, que de las diez vírgenes, las unas eran prudentes y las otras descuidadas (4). Y, en efecto, bajo el nombre de hombre sabio, hombre prudente, las sagradas Escrituras entienden siempre el varon santo, fiel y justo, porque sólo él sabe hacer buen uso de la vida y del tiempo, y sabe asegurarse los verdaderos bienes, los bienes sólidos de la vida venidera, á costa de algun ligero sacrificio en la vida presente. Por el contrario, bajo la denominacion de hombre estúpido, insensato, es necesario entender siempre el pecador, que realmente estúpido, inconsiderado ó insensato, ajusta mal sus cuentas, no provee cuidadosamente á sus intereses, y proponiéndose únicamente el gozar algunos placeres fugaces en el tiempo, se arruina y se pierde por toda la eternidad.

Observad, además, que el número diez es el número por excelencia, el número perfecto que contiene en sí todos los números, que expresa la coleccion completa, la universalidad de las cosas; y así, el número de las diez vírgenes está muy convenientemente empleado para designar la universalidad de los fieles y su multitud de que se compone la verdadera Iglesia, única que, en su constitucion divina y su admirable jerarquía, forma una sociedad completa y perfecta. ¿Pero cómo, pregunta San Agustin,

(1) Simile est regnum cœlorum decem virginibus, quæ accipientes lampades suas exierunt obviam sponso et sponsæ. (*Matth.*, xxv.)

(2) Fatuæ autem non sumpserunt oleum secum; prudentes vero acceperunt oleum in vasis suis cum lampadibus. (*Ibid.*)

(3) Regnum cœlorum præsentis temporis Ecclesia dicitur. (*S. Greg.*)

(4) In qua quia mali cum bonis, reprobi cum electis admixti sunt, recte decem virginibus prudentibus et fatuis similis esse perhibetur. (*S. Greg.*)

todos los fieles son comparados á las vírgenes, pues que no todos son vírgenes? ¿Y cómo la Iglesia puede ser llamada virgen, puesto que comprende también las viudas y las casadas? (1). La primera respuesta á esta pregunta es de Orígenes, que nos dice: «El Verbo Eterno de Dios, por la pureza, por la virginidad de su luz, de su doctrina, de su palabra, exento de toda mancha, purifica, y según la expresión profunda de ese grande hombre, *virginiza* las almas de los hombres que acuden á Él de en medio de las torpezas del paganismo» (2); es decir, que la pureza, la sinceridad de la verdadera fe, es una verdadera virginidad del alma, como es también una incontinenencia, un adulterio del alma toda doctrina de herejía y de error, porque semejantes doctrinas alteran la sincera palabra de Dios (3). Por eso también los errores y los adulterios intelectuales, concluyen casi siempre por los adulterios y la impureza del cuerpo. Entre esos dos desórdenes hay una afinidad real: el espíritu del error es un espíritu de lujuria. Pues bien, como los cristianos que componen la verdadera Iglesia son los que han recibido y profesan la verdadera fe, todos en conjunto son exactamente comparados á las vírgenes, y todos son verdaderamente vírgenes, en cuanto al espíritu, por la fe (4). Otra razón, además, no menos bella y profunda, por la que Nuestro Señor ha podido llamar *vírgenes* á todos los cristianos, es, según San Agustín, que la virginidad es la virtud fundamental, la primera gracia, la gracia exclusivamente propia del Cristianismo; por manera que, si es verdad que solamente algunos conservan la virginidad del cuerpo, todos los verdaderos cristianos están obligados á tener la del corazón (5). En efecto, mientras que entre los gentiles la virginidad misma es carnal é impura, entre los cristianos el matrimonio mismo, por razón del santo pudor que en él se observa, por la inviolable castidad que le preside, tiene algo de santo, de espiritual y de virginal, que responde á

(1) Quare tota Ecclesia quæ constat etiam ex conjugatis et viduis, est virgo appellata? (S. Aug.)

(2) Verbum Dei de sua munditia accommodat omnes qui recesserunt ab idolorum cultura; et virginificantur per Verbum Dei. (Orig.)

(3) Adulterantes Verbum Dei. (II, Cor., II.)

(4) Omnes qui receperunt Verbum Dei virgines sunt. (S. Aug.)

(5) Pauci virginitatem in corpore, omnes habere debent in mente. (Ibid.)

la santidad y á la espiritualidad de la fe (1). Por otra parte, en consideración á Jesucristo, y por la relación que tienen con Jesucristo, todos los cristianos han debido ser llamados vírgenes (2).

Jesucristo, en mil lugares de la Escritura, toma el nombre de Esposo: luego esa sociedad virgen, compuesta de tantos miembros vírgenes, dice San Bernardo, es la noble Virgen, la Virgen misteriosa y pura que, según San Pablo, ha sido consagrada y ofrecida por los Apóstoles, al único y divino Esposo Jesucristo (3). Esas diez vírgenes que tomando sus lámparas salen á recibir al esposo y la esposa, somos nosotros todos los cristianos, que, profesando el verdadero Cristianismo, no tenemos otro destino en la vida presente que salir á recibir á Jesucristo cuando viene hácia cada uno de nosotros, en el momento de nuestra muerte, para invitarnos al banquete de sus nupcias espirituales y eternas.

La lámpara, dice San Hilario, significa la verdadera fe que ilumina las almas y que comienza á brillar en nosotros desde el momento en que la recibimos en el bautismo (4). Así el Profeta decía á Dios: «Vuestra palabra, Señor, vuestra fe es para mí una verdadera lámpara que ilumina todos mis pasos, y me presenta siempre el camino recto y seguro» (5).

El aceite son las buenas obras, y el vaso que le contiene la conciencia de todos los fieles (6); y observad, dice otro doctor, que no es el aceite el que enciende y alumbrá la lámpara, sino la llama: y del mismo modo no son las buenas obras las que producen la fe, sino la gracia y la palabra de Dios (7). Pero del mismo modo que el aceite no enciende lám-

(1) Non solet dici virginitas in conjugatis; tamen etiam ibi est fidei virginitas quæ exhibet pudicitiam conjugalem. (S. Aug.)

(2) Virgines sunt omnes animæ Christianorum. (Ibid.)

(3) Sponsus est Christus: huic nos despondit Apostolus Virginem castam exhibere Christo. (S. Bern.)

(4) Lampas animarum splendentium lumen est quæ sacramento baptismi splenduerunt. (S. Hilar.)

(5) Lucerna pedibus meis verbum tuum et lumen semitis meis. (Psalms CXVIII.)

(6) Oleum bona opera sunt. Vas est conscientia fidelis animæ. (S. Hilar.)

(7) Sicut lampas non accenditur ex oleo, sed ad igne; sic fides non ex operibus, sed ex Verbo Dei, quia fides ex auditu; auditus autem per Verbum Christi. (Auct. op. imperf.)

para, mas, sin embargo, es el que la mantiene una vez encendida, y cuando llega á faltar, la lámpara se apaga, así las obras buenas y virtuosas, si no producen la fe, son, sin embargo, como el foco ú hogar que alimenta su luz; y si llegan á faltar, la luz de la fe, debilitándose poco á poco, concluye por extinguirse, pues, como dice Santiago, la fe sin las obras es como una antorcha apagada (1).

Las vírgenes prudentes que con sus lámparas en la mano y el aceite en sus aceiteras salen á recibir al esposo y á la esposa, representan, segun San Gregorio, á los verdaderos fieles que, con la verdadera fe en sus inteligencias y con el pequeño tesoro de las buenas obras en su corazon, tesoro que va sin cesar aumentando, se encuentran prontos y preparados á morir en la hora en que su divino esposo Jesucristo venga para celebrar con ellos, en particular en el cielo, las nupcias comenzadas con la Iglesia en general sobre la tierra. Por el contrario, las vírgenes insensatas, que piensan salir tambien á recibir al esposo con sus lámparas, pero sin proveerse á tiempo del aceite necesario para el alimento y conservacion de sus lámparas, son los malos cristianos, que no conservan únicamente más que la lámpara de la fe, sin proveerse del aceite de las buenas obras, y se adelantan hácia la muerte sin haber realizado la preparacion necesaria durante la vida (2).

Mas, como el esposo tardaba en llegar, las diez vírgenes se dejaron sorprender del sueño, y se durmieron (3).

El retraso del esposo en venir significa el tiempo de la vida que el Señor nos deja para hacer penitencia (4). En ese tiempo de espera, los justos y los pecadores, pues que todos creen igualmente, parece, dice San Hilario, que todos reposan y duermen (5). Sólo que el sueño de las vírgenes prudentes que habian

(1) Lampas per oleum tamen nutritur et nisi oleum subministraveris extinguatur; sic fides per bona opera nutritur et nisi bona opera subministraveris deficit, quia fides sine operibus mortua est. (Auct. op. imperf.)

(2) Qui recte credunt et recte vivunt assimilantur quinque prudentibus, reliqui vero quinque virginibus fatuis, qui profitentes fidem Christi non præparant se bonis operibus ad salutem. (S. Greg.)

(3) Moram autem faciente sponso, dormitaverunt omnes et dormierunt. (Evang.)

(4) Mora sponsi pœnitentiæ tempus est. (S. Greg.)

(5) Expectantium somnus, credentium quies est. (S. Hilar.)

llevado consigo aceite para sus lámparas, no tuvo inconveniente ni riesgo alguno; mas no sucedió lo mismo con las vírgenes inconsideradas que habian llevado sus lámparas desprovistas. ¡Ay! ¡Cuán diferente es tambien el sueño y el reposo de los justos, del de los pecadores! Los justos en estado de gracia, siempre dispuestos á acudir al llamamiento de Dios, siempre preparados para la muerte, llenos de una confianza justa y bien fundada en la divina bondad, reposan constantemente en Dios sin ningun cuidado, sin ningun temor, sin ningun peligro: «Descansaré en la paz, me dormiré en el seno de Dios: *In pace in id ipsum dormiam et requiescam*» (1). Por otra parte el sueño, la paz, la indolencia de los pecadores que dejan para el tiempo de la muerte la enmienda de su vida, es tambien un sueño, ¡pero un sueño temerario, insensato, funesto!

¿Qué sucede en efecto? Jesucristo nos lo ha predicho, nos lo ha advertido en la prosecucion de su parábola, y de una manera completamente sensible y capaz de hacer una impresion tan profunda como duradera. Cuando las diez vírgenes estaban todavía adormecidas, prosigue el Señor, de repente, y á cosa de la media noche, se oye un gran ruido y movimiento de gentes que gritaban: «Ya llega el esposo..... levantaos con presteza para salir á su encuentro» (2). Al oír aquel ruido y aquellos gritos, las diez vírgenes se pusieron en pié, tomaron sus lámparas y comenzaron á prepararlas (3).

Las vírgenes prudentes no encontraron ninguna dificultad, porque tenian suficiente aceite para llenar sus lámparas. Mas las vírgenes inconsideradas que carecian de aceite, dirigiéndose á sus compañeras, las dijeron: «Hacednos el favor de darnos un poco de vuestro aceite, porque nuestras lámparas están á punto de apagarse» (4). Á lo cual contestaron aquéllas: «El aceite que tenemos apénas nos es suficiente: si le partimos con vosotras, no habrá bastante ni para unas ni para otras: todavía te-

(1) Ps. iv.

(2) Media autem nocte clamor factus est: Ecce sponsus venit; exite obviam ei. (Evang.)

(3) Tunc surrexerunt omnes virgines illæ et ornaverunt lampades suas. (Evang.)

(4) Fatuæ autem sapientibus dixerunt; date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ extinguuntur. (Ibid.)

neis quizá tiempo: id á comprarle á donde le venden» (1). Pero miéntras aquellas desgraciadas vírgenes corren de uno á otro almacén para comprar el aceite, llega el esposo. Las vírgenes prudentes que se hallaban preparadas para recibirle entraron con él y tuvieron parte en el festiñ nupcial; en seguida, la puerta quedó inexorablemente cerrada para todas las demas personas (2). En vano las vírgenes inconsideradas llegan por fin, llaman á la puerta y ruegan encarecidamente al esposo que las abra, llamándole dueño y señor: «Ya es tarde, las contestaron; ya no me perteneceis, ya no os conozco» (3). Aprended, pues, todos de ahí, concluye el Señor, á manteneros siempre prontos y vigilantes, porque no sabeis ni el dia ni la hora de vuestra muerte (4).

¡Qué palabras!..... ¡Qué epifonema!..... ¡Qué sentencia que nos descubre por completo el sentido terrible cubierto con el velo de las sencillas circunstancias de la parábola!..... En efecto, bajo el símbolo de las tres circunstancias por las cuales las vírgenes imprudentes se encontraron excluidas del banquete de las nupcias, el Señor nos ha indicado las tres causas principales por las cuales en la muerte los pecadores quedan excluidos del banquete de las nupcias.

La primera circunstancia por la que aquellas vírgenes se encontraron excluidas del festiñ, fué el que pensaron que, aunque no llevasen consigo el aceite, las sería fácil encontrarle y comprarle. «Pero, exclama aquí San Juan Crisóstomo, ¡oh vírgenes insensatas que creyeron fácil el proveerse de aceite, ó á fuerza de ruegos con las personas que podrian muy bien no encontrarse en disposicion de dárselo, ó por medio del dinero en hora avanzada de la noche!.... ¿Debia ser fácil á media noche acudir á los almacenes, golpear sus puertas y despertar á los vendedores para que las proveyesen de aceite?» Pues hé ahí justamente la primera razon por la que los pecadores no se convierten á la hora de la

(1) At illæ dixerun ne forte non sufficiat nobis et vobis, ite potius ad vendentes et emite vobis. (*Evang.*)

(2) Dum autem irent emere, venit sponsus et quæ paratæ erant intraverunt cum eo ad nupcias; et clausa est janua. (*Evang.*)

(3) Novissimi vero veniunt et reliquæ virgines dicentes: Domine, Domine, aperi nobis. At ille respondens ait: Nescio vos! (*Evang.*)

(4) Vigilate ergo; quia nescitis diem neque horam. (*Evang.*)

muerte; les falta tiempo para convertirse. «Sí, dice un Padre, la hora de la media noche en que llega el esposo es el momento de la muerte; verdadera y oscura noche, en la cual la luz divina es más rara, y en la cual la fe vacila, y la esperanza se turba y se pierde» (1). Ese es el tiempo funesto de que Nuestro Señor ha dicho que es muy difícil operar entónces nuestra salvacion: «Llega la noche, ha dicho, la noche, ese tiempo poco á propósito para la accion» (2).

Pues bien, hé ahí lo que acontece á los pecadores. En la ansiedad que los produce el temor de ser sorprendidos por la muerte, se vuelven hácia los santos que están en el cielo, hácia los buenos cristianos, hácia las almas piadosas de la tierra, para que los ayuden con sus méritos, con sus intercesiones y con sus oraciones: «Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas van á apagarse» (3). Pero en el momento de la muerte cada uno no puede ni debe contar más que con sus propios recursos. Sólo sus obras los salvan, se ha dicho de los muertos (4). En esa hora suprema no debe quererse el apoyarse en méritos de otro, porque los que se hallan provistos de ellos, les necesitan entónces para sí mismos, y no pueden cederlos á los demas (5). Pueden, es verdad, dirigirse á los sacerdotes, místicos vendedores de la gracia del perdon, porque le conceden y no pueden rehusarle á todo el que se presenta á comprarle con las lágrimas, con la confesion y con el dolor de la penitencia (6). Pero no les fué fácil á las vírgenes imprudentes el recorrer las tiendas cuando eran más densas las tinieblas de la noche, y despertar á los vendedores para proveerse de aceite (7).

Es, en efecto, una verdad tradicional en la Iglesia, fundada en la naturaleza del corazon humano y confirmada por la expe-

(1) Quid est media nox, nisi quando non creditur?

(2) Venit nox cuando memo potest operari. (*Joan.*, ix.)

(3) Date nobis de oleo vestro, quia lampades nostræ extinguuntur. (*Evang.*)

(4) Opera enim illorum sequuntur illos. (*Apoc.*, xiv.)

(5) Ne forte non sufficiat nobis et vobis. (*Evang.*)

(6) Venditores sunt sacerdotes, qui peccatores per pœnitentiam absolvunt pretio confessionis placati. Ite potius ad venditores et emite vobis. (*S. Joannis Chrys.*)

(7) Fatuæ quia existimaverunt ibi se accepturas ubi importune quæsierunt. (*Ibid.*)